

NEW LEFT REVIEW 144

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2024

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN Gaza y Nueva York 7

ENTREVISTA

SERGE HALIMI La situación de Francia 25

ARTÍCULO

OLIVER EAGLETON El moldeado del mundo de
Therborn 49

HITO STEYERL ¿Formación del sentido común? 77

SAUL NELSON El *kitsch* en la alta cultura 91

LOÏC WACQUANT Sobre el afropesimismo 105

LEO ROBSON Jameson después de la poscrítica 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Tarea inconclusa 143

PATRICIA McMANUS Maneras de leer 152

CIHAN TUĞAL Viejas nuevas izquierdas 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



OLIVER EAGLETON

EL MOLDEADO DEL MUNDO

EFFECTUADO POR THERBORN

¿La izquierda contra la dialéctica?

DESDE PRINCIPIOS DEL actual milenio, el sociólogo sueco Göran Therborn ha desarrollado en estas páginas una serie de análisis formidablemente ambiciosos, proporcionando una visión de conjunto prácticamente exhaustiva de la política mundial, de sus principales fuerzas, de sus trayectorias y de sus tensiones, así como de los cambiantes objetivos y tácticas de la izquierda¹. En el núcleo de estos ensayos abarcadores se halla la yuxtaposición entre la forma de la historia del siglo XX y la del periodo contemporáneo, esto es, entre los principales procesos mediante los cuales el capitalismo se ha consolidado o ha sido resistido en cada una de estas épocas. Sus premisas básicas son las siguientes. Si la era industrial se rigió por la gran dialéctica que enfrentó el capital con el trabajo y al colonizador con el colonizado, su sucesora no tiene la misma estructura binaria. El sistema productivo ya no está predispuesto para crear un sujeto emancipador singular, lo que hace que las visiones de un futuro igualitario, ya sea en la teoría socialista o en la cultura de oposición, sean cada vez más opacas. Amenazado por

¹ Göran Therborn, «Into the 21st Century», *NLR* 10, julio-agosto de 2001; «After Dialectics», *NLR* 43, enero-febrero de 2007; «Class in the 21st Century», *NLR* 78, noviembre-diciembre de 2012; «New Masses?», *NLR* 85, enero-febrero de 2014; «An Age of Progress?», *NLR* 99, mayo-junio de 2016; «Dreams and Nightmares of the World's Middle Classes», *NLR* 124, julio-agosto de 2020; «The World and the Left», *NLR* 137, septiembre-octubre de 2022; ed. cast.: «Adentrándonos en el siglo XXI. Los nuevos parámetros de la política global», *NLR* 10, septiembre-octubre de 2001; «Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista», *NLR* 43, marzo-abril de 2007; «Las clases en el siglo XXI», *NLR* 78, enero-febrero de 2013; «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *NLR* 85, marzo-abril de 2014; «¿Una era de progreso?», *NLR* 99, julio-agosto de 2016; «Sueños y pesadillas de las clases medias del mundo», *NLR* 124, septiembre-octubre de 2020; «El mundo y la izquierda», *NLR* 137, noviembre-diciembre de 2022.

una desigualdad intratable, el colapso climático y una geopolítica hostil, el curso actual de la evolución social desafía cualquier predicción fácil. El terreno de lucha de los próximos años estará determinado por crisis interminables. El marxismo fue el principal método para entender la antigua realidad, pero su estatus en la nueva es menos seguro. Sin embargo, recurriendo ecuménicamente al pensamiento social de izquierda, todavía podemos cartografiar el paisaje político-económico existente con gran detalle, localizar sus contradicciones e identificar a las «nuevas masas» –principalmente poblaciones periféricas y excedentarias– que podrían transformarlo de forma plausible.

Este Proyecto, que comenzó con «Into the 21st Century» (2001) y culminó en «The World and the Left» (2022), está marcado por varias características del conjunto de la obra de Therborn, que se remonta a la década de 1960: un especial talento para extraer ideas teóricas de grandes masas de datos empíricos, al igual que un minero extrae piedras preciosas de una superficie rocosa; y un dominio del análisis comparativo, que le permite establecer conexiones cruzadas entre los movimientos de protesta en el Sahel y los experimentos políticos efectuados en América del Sur, entre las crisis monetarias registradas en la UE y los cambios demográficos verificados en Asia Oriental. El rango de temas cubiertos por Therborn siempre ha sido inmenso: pocos tendrían la audacia o la capacidad de producir un manual de doscientas páginas titulado, simplemente, *The World: A Beginner's Guide* (2011). Y su prosa siempre ha tenido un tono pedagógico teñido de urgencia: lúcida y sin rodeos, dirigida tanto a los organizadores de primera línea como a sus colegas académicos. Sin embargo, junto a estas constantes de método también ha habido una reorientación significativa de su trabajo analítico, ya que este registra el retroceso de las perspectivas socialistas durante las últimas cuatro décadas. El espíritu insurrecto de sus primeros trabajos ha dado paso a un registro más sobrio y reflexivo, aunque su compromiso político no ha flaqueado. ¿Cómo deberíamos evaluar esta transformación intelectual y los textos que han surgido de ella? ¿Qué revelan u ocultan en la coyuntura actual?

Nacido en 1941, la ciudad sueca de Kalmar, hijo único de una familia terrateniente de provincias, Therborn tuvo una educación acomodada y estudiosa, atravesada por el levantamiento húngaro de 1956 y por la Segunda Guerra Árabe-Israelí (la crisis de Suez), acontecimientos que contribuyeron a cristalizar una perspectiva radical durante su

adolescencia. Estudió en el *gymnasium* local, donde adquirió conocimientos de inglés, alemán y francés, antes de asistir a la universidad en la ciudad medieval de Lund, la «metrópolis eclesiástica» de Suecia. Como activista estudiantil, sus afiliaciones fueron fluidas: fundó una sociedad anarcosindicalista, entró en la órbita de los socialdemócratas, desempeñó un papel destacado en la Asociación Socialista Independiente (con la que se presentó sin éxito al Parlamento) y pasó una temporada en el Partido Comunista. A los veinte años se convirtió en colaborador habitual de la revista *Zenit*, con sede en Estocolmo, y acabó formando parte de su comité editorial con el objetivo de rebautizarla como «la *New Left Review* del extremo norte», dotada de una plantilla multidisciplinar de colaboradores dispersa por las capitales escandinavas². Al mismo tiempo, se puso en contacto con la *New Left Review*, publicando su primer artículo, un análisis crítico de la izquierda sueca, en 1965. Sin embargo, su nombre no se dio a conocer en la angloesfera hasta tres años más tarde, cuando estalló la rebelión mundial de 1968.

«From Petrogrado to Saigon», escrito en los primeros meses de 1968, cuando Therborn aún era estudiante de posgrado, presentaba la Ofensiva del Tet como un punto de inflexión en la historia de la lucha socialista. Hasta entonces, la Guerra Fría se percibía de forma generalizada, aunque errónea, como un enfrentamiento en pie de igualdad librado entre sistemas rivales: el capitalismo liberal-democrático y el comunismo autoritario. Mientras la situación se comprendiera de ese modo, la represión y la escasez asociadas a la URSS servirían para sofocar los impulsos revolucionarios entre las poblaciones subalternas de Occidente. El antagonismo geopolítico reducía la división de clases, pero las guerras calientes de la década de 1960 no podían enmarcarse como una contienda entre iguales. Su asimetría era insoslayable, ya que los levantamientos plebeyos registrados en Asia, África y América Latina se enfrentaban a toda la potencia de fuego estadounidense. Con este cambio, el socialismo pasaba de ser un «modelo social ajeno» a convertirse en una «fuente de emulación» para los estratos oprimidos del mundo capitalista, liderados por la generación insurgente que inundó las calles aquel mayo. La proyección del poder imperial en las periferias había reactivado los conflictos internos en el centro del sistema-mundo capitalista³.

² Sven Hort y Gunnar Olofsson, «A Portrait of the Sociologist as a Young Rebel: Göran Therborn 1941-1981», en Sven Hort y Gunnar Olofsson (eds.), *Class, Sex and Revolutions: A Critical Appraisal of Göran Therborn*, Lund, 2016.

³ Göran Therborn, «From Petrograd to Saigon», *NLR* 1/48, marzo-abril de 1968.

La producción teórica de Therborn durante la década siguiente estuvo imbuida por esta sensación de levantamiento inminente. Su tono es anticipatorio y su trabajo pretende preparar el terreno para el momento del ajuste de cuentas político en el contexto de la crisis hegemónica detonada por Vietnam. En esta coyuntura, sus prioridades intelectuales fueron dos: desarrollar un marxismo althusseriano riguroso capaz de dirigir el movimiento obrero internacional, y aplicarlo a la que era simultáneamente la cuestión estratégica más acuciante y más olvidada: la dinámica del poder de Estado en el Primer Mundo. Su tesis doctoral consistió en una investigación sistemática de las «disciplinas sociales» (economía, sociología, materialismo histórico), que pretendía definir sus condiciones de surgimiento y sus objetos de estudio. Publicada en inglés como *Science, Class and Society* (1976), sostenía que cada una de estas tradiciones había descubierto un «patrón de determinación social» distinto: el *mercado*, con sus operaciones de oferta y demanda; la *comunidad ideológica*, con su matriz de valores y normas; y las *leyes del movimiento histórico*, basadas en la contradicción y la división de clases. El marxismo se distinguió de sus predecesores por entender la sociedad como una «unidad y conflicto de opuestos», un campo de incongruencias estructurales conformado por los imperativos de la acumulación, que sustituyó el «todo social» por la «totalidad compleja», los «individuos soberanos» por las «relaciones de producción», la relación de «causa y efecto» por la «sobredeterminación». En opinión de Therborn, toda recaída en los discursos económicos o sociológicos precedentes traicionaría la singular misión científico-política de marxismo⁴.

Esta búsqueda de una metodología marxista purificada también motivó el mordaz ataque dirigido por Therborn contra la Escuela de Frankfurt, a la que acusó de preconizar un «humanismo metafísico», que renegaba de cualquier evaluación concreta de la estructura social. En la obra de Horkheimer *et al.* las teorías del hombre eclipsaban el análisis de coyuntura, mientras una dicotomía simple entre la alienación capitalista y la esencia humana oscurecía los procesos reales por los que el sistema condensaba o desplazaba sus contradicciones. La retirada a la filosofía especulativa, provocada por los horrores de la década de 1930, no ofrecía guía alguna para la acción política después de 1968⁵. Tras diagnosticar

⁴ Göran Therborn, *Science, Class and Society*, Londres, 1976; ed. cast.: *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Madrid, 1980.

⁵ Göran Therborn, «The Frankfurt School», *NLR* 1/63, septiembre-octubre de 1970; Göran Therborn, *What Does the Ruling Class Do When It Rules?* [1978], Londres y Nueva York, 2008, p. 250; ed. cast.: *¿Cómo domina la clase dominante?*, Madrid, 1979.

una disyunción similar entre teoría y práctica, Perry Anderson resumió en sus *Considerations on Western Marxism* (1976) las cuestiones más críticas para el socialismo posterior a su época clásica: «¿Cuál es la verdadera naturaleza y estructura de la *democracia burguesa* como tipo de sistema estatal [...]? ¿Qué tipo de *estrategia revolucionaria* es capaz de derrocar esta forma histórica de Estado, tan distinta de la de la Rusia zarista? ¿Cuáles serían las formas institucionales de la *democracia socialista* en Occidente, más allá del mismo?»⁶. Como si siguiera la estela de Anderson, el siguiente libro de Therborn, *What Does the Ruling Class Do When It Rules?* (1978), se propuso abordar estos problemas mediante la elaboración de una teoría organizativa del Estado capitalista avanzado, a contraluz de su precursor feudal y de su sucesor proletario.

Este aparato se concebía no meramente como un comité para gestionar los asuntos comunes de la burguesía, ni como una concentración materializada de relaciones de clase, sino como un lugar de «tecnologías políticas». Entre las más importantes de estas se encontraban la burocracia weberiana y el gobierno parlamentario. La primera contenía el caos de la competencia generada por el mercado mediante un régimen de racionalidad impersonal: un marco de reglas calculables, que generaban formas especializadas y jerarquizadas de conocimiento⁷. La segunda gestionaba los intereses contrapuestos de las diferentes facciones del capital (mercantil, financiera, industrial, agraria) mediante la institucionalización de la desunión y el recurso de la toma de decisiones deliberativas para mediar entre los inversores rivales⁸. Durante el periodo de posguerra estas tecnologías se adaptaron para adecuarse a la correspondiente evolución experimentada por las economías y las organizaciones políticas del mundo occidental. La creciente necesidad de que se produjese una intervención estatal selectiva en el sector privado complementó la burocracia, basada en protocolos fijos y redes verticales, con la tecnocracia en virtud de la cual los expertos ajustaban y perfeccionaban sus políticas para garantizar una eficacia óptima. La ampliación de la participación democrática –un *desiderátum* para garantizar la cohesión nacional– dejó obsoleto el parlamentarismo clásico, dando lugar a una cultura política en la que los candidatos trataban de convencer a la ciudadanía de sus excelentes cualidades personales: competencia, fortaleza, buen juicio, etcétera.

⁶ Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, 1976, p. 10; ed. cast.: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, 2012.

⁷ G. Therborn, *What Does the Ruling Class Do When It Rules?*, cit., pp. 51-52.

⁸ Therborn también abordó este tema en «The Rule of Capital and the Rise of Democracy», *NLR* I/103, mayo-junio de 1977.

La anatomía de un Estado de los trabajadores era fundamentalmente distinta. Mientras que el capitalismo economizaba la esfera política, el socialismo politizaba la economía. Mientras que los políticos burgueses no estaban sujetos a ningún mandato específico una vez que se habían vendido al electorado, la legitimidad de los funcionarios proletarios dependía de su «representatividad de clase». Para pasar de un modo a otro se necesitaría algo más que una nacionalización generalizada o una represión revolucionaria, escribió Therborn, porque ese cambio significaría alterar el carácter de clase del propio Estado, esto es, otorgar poder a las organizaciones de masas en detrimento de los grupos consultivos de expertos y «desmantelar la burocracia, la tecnocracia y las formas exclusivas y rituales de la política parlamentaria y plebiscitaria»⁹.

Convencido de que esa transición se había «convertido de nuevo en una posibilidad concreta en determinadas sociedades capitalistas desarrolladas, especialmente Francia e Italia», Therborn concluía el libro con un análisis de la estrategia de la extrema izquierda, que abarcaba la Segunda Internacional, la primera Internacional Comunista, el Frente Popular y, lo que es más pertinente, el eurocomunismo, descrito como un intento de acabar con la dominación del capital monopolista mediante la formación de una coalición de fuerzas progresistas, que contaba con los partidos obreros aliados en su centro¹⁰. Al igual que el Partido de la Izquierda sueco, del que Therborn era un destacado partidario, el PCF y el PCI esperaban hacerse con las instituciones burguesas mediante campañas electorales apoyadas por la lucha de masas no violenta, bajo la bandera de *la démocratie jusqu'au bout* [la democracia hasta el final]. Hasta el momento habían tenido éxito a la hora de rejuvenecer el movimiento obrero y de explotar las fisuras del fordismo¹¹. Sin embargo, el repudio de la «dictadura proletaria» por parte de estos partidos no había sido seguido por la elaboración de un plan viable, adaptado a cada contexto nacional, de análisis exhaustivo de la maquinaria del Estado y de su adecuación a los mencionados objetivos políticos: una omisión que significaba que era poco probable que los avances en las urnas equivalieran a la revolución social. La siguiente frontera para el marxismo era, pues, crear sólidas defensas políticas e ideológicas contra la «reproducción burocrático-administrativa de la subordinación de los trabajadores»¹².

⁹ G. Therborn, *What Does the Ruling Class Do When It Rules?*, cit., pp. 72, 76, 79, 123.

¹⁰ *Ibid.*, p. 12.

¹¹ Göran Therborn, «Eurocommunism: Can It Regain the Initiative?», *Marxism Today*, abril de 1980, pp. 14-15.

¹² G. Therborn, *What Does the Ruling Class Do When It Rules?*, cit., pp. 263-268, 279.

The Ideology of Power and the Power of Ideology (1980), presentada explícitamente por el propio Therborn como la continuación de *What Does the Ruling Class Do When It Rules?*, presentaba una crítica inmanente de la teoría de la interpelación de Althusser y una concepción alternativa de los procedimientos mediante los cuales el Estado produce sujetos dóciles. *The Ideology of Power and the Power of Ideology* levantaba contra la estrella polar de su autor diversos cargos: Althusser era acusado en este libro de haber entendido la ideología en un sentido demasiado estrecho como una «distorsión imaginaria de las relaciones reales», de haber operado la consiguiente separación entre conciencia verdadera y falsa, lo cual era insostenible, y de no haber cuestionado el papel de la ideología a la hora de frenar o agudizar el conflicto de clase. Para Therborn la idea de que los trabajadores tenían un conjunto fijo de «intereses racionales» era un resabio utilitarista del marxismo contemporáneo de escaso valor explicativo, que elidía «los modos mediante los cuales los miembros de las diferentes clases llegaban a definir el mundo y su situación y posibilidades en el mismo de un modo específico». Una teoría más precisa se concentraría en los «mecanismos de sujeción», que operan en los diferentes sistemas ideológicos: los medios que los miembros de las diferentes clases emplean para establecer un sentido básico de «lo que existe, de lo que es bueno y de lo que es posible». De acuerdo con esta tipología, un régimen puede sostenerse presentando su forma de gobierno como inevitable, como moralmente justa o como la mejor opción dentro de los parámetros históricos actuales. Cuando estos métodos fracasaban, podían encontrarse sustitutos: compensar la pérdida de apoyo activo inculcando una actitud de deferencia en los ciudadanos, por ejemplo, o ligando una sensación de miedo a la búsqueda de alternativas políticas.

Therborn admitía que estas técnicas habían vuelto a estabilizar eficazmente los gobiernos democrático-burgueses inmersos en las crisis económicas de finales de la década de 1970 —exceso de capacidad, estancamiento, subidas de los tipos de interés— al tiempo que apostaba por la posibilidad de que pudiera verificarse una situación revolucionaria, pero solo con el estallido de otra crisis política en la que el movimiento socialista fuera capaz desalojar los mecanismos interpelativos existentes y movilizar los suyos propios. Apartándose del vocabulario habitual del marxismo estructuralista, predijo que la victoria en esta apuesta dependería del «aprovechamiento de las dimensiones existenciales de la subjetividad humana», esto es, de «los diversos sentidos relacionados con el hecho de que el ser humano es un miembro del mundo, es

decir, teniendo en cuenta el significado de la vida, del sufrimiento, de la muerte», hechos típicamente abordados por las diferentes «mitologías y religiones, así como por el discurso moral secular»¹³.

Realineación

En 1980, pues, Therborn había pasado de pronosticar la conquista socialista del Estado a explicar su resiliencia. Aunque había esperado volver a conectar la teoría social con la actividad política tras el rodeo dado por el marxismo occidental, sus prescripciones para trascender la democracia burguesa parecían cada vez más alejadas de las condiciones realmente existentes a ambos lados del Telón de Acero, a medida que se disciplinaba a los trabajadores y se rebajaban las expectativas gracias a una temible nueva derecha. Desde un punto de vista práctico, reflexionaba Therborn, los pasos necesarios para renovar el eurocomunismo eran evidentes, aunque no fáciles de implementar: mediar entre la política de masas y el parlamentarismo, cooperar con los partidos socialdemócratas, articular alternativas populares a la austeridad y la contención salarial y forjar un internacionalismo que pudiera abarcar a las fuerzas no comunistas del mundo en vías de desarrollo¹⁴. Pero cuál era la senda teórica más productiva se antojaba una cuestión más difuminada, ya que los preceptos centrales de la investigación previa elaborada por Therborn habían sido aparentemente puestos en duda. El estudio científico de las contradicciones capitalistas tenía poco sentido práctico, si no podía comprender los procesos subjetivos que permitían o inhibían la política de clase. Y los preparativos para el gobierno proletario eran fútiles, si descuidaban el campo de batalla más inmediato de la sociedad civil.

Este cambiante equilibrio de fuerzas provocó una serie de respuestas neohegelianas y neogramscianas: la *Kulturkritik* de Jameson, la metafísica de Rose, el populismo de izquierda de Laclau. Therborn, sin embargo, se acercó más a las preocupaciones tradicionales de su disciplina: llegó a ser presidente de la Asociación Sueca de Sociología y editor de la revista académica trimestral *Acta Sociologica*. Mientras enseñaba en Nimega y Gotemburgo durante las décadas de 1980 y 1990, se embarcó en los que quizá fueron sus trabajos académicos más generativos:

¹³ Göran Therborn, *The Ideology of Power and the Power of Ideology* [1980], Londres y Nueva York, 1999, pp. 10, 94, 107, 111, 117, 23-24; ed. cast.: *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Madrid, 1987.

¹⁴ G. Therborn, «Eurocommunism: Can It Regain the Initiative», cit., pp. 19-20.

mantener sus compromisos radicales y su aproximación totalizante, pero privando a su investigación de la atmósfera de urgencia política precedente. Si en *Science, Class and Society* Therborn había postulado que la investigación sociológica era anacrónica tras el surgimiento del marxismo, posteriormente pareció desdecirse de tal posición. *Why Some People Are More Unemployed than Others* (1986) analizaba los modelos de empleo y las estrategias industriales en los países de la OCDE, desmitificando sus resultados divergentes, mientras que *European Modernity and Beyond* (1995) esbozaba la situación del continente desde el periodo de posguerra hasta el último *fin de siècle*, analizando las principales transformaciones acaecidas en sus instituciones sociales, su composición demográfica, sus identidades colectivas, sus fundamentos morales y sus conflictos ideológicos¹⁵. Therborn comenzó también a elaborar un exhaustivo recuento de los sistemas familiares «geoculturales» del siglo xx, basados en el entrelazamiento de las formas de patriarcado, matrimonio y fecundidad¹⁶. Tales estudios monumentales están fuera del alcance de este ensayo, pero para nuestros propósitos actuales podemos simplemente registrar el cambio que representaron: un alejamiento del punto de vista *engagé* [comprometido] para acercarse a uno olímpico; una sustitución de la retrospección por la prospección; el abandono del althusserianismo doctrinal en pro de una sociología histórica comparativa, que a veces parecía prescindir del marxismo, si no del izquierdismo, por completo¹⁷.

Sin embargo, el *décalage* existente entre el Therborn temprano y el tardío no fue solo el resultado de las perspectivas de desvanecimiento del eurocomunismo, sino que era sintomático de un proceso histórico-mundial más amplio, que llegaría a describir en un compendio de artículos para la *NLR*: la renuncia gradual de la izquierda a una perspectiva «moderna»,

¹⁵ Göran Therborn, *Why Some People Are More Unemployed than Others*, Londres y Nueva York, 1986; *European Modernity and Beyond: The Trajectory of European Societies, 1945-2000*, Londres, 1995; ed. cast.: *¿Por qué en algunos países hay más paro que en otros?*, Valencia, 1988; *Europa hacia el siglo XXI*, Ciudad de México, 1999.

¹⁶ Göran Therborn, *Between Sex and Power: Family in the World, 1900-2000*, Londres, 2004.

¹⁷ Perry Anderson, «Atlas of the Family: Göran Therborn», en *Spectrum: From Right to Left in the World of Ideas*, Londres y Nueva York 2005, p. 230: «Aunque *Between Sex and Power* rinde un hermoso homenaje al papel del comunismo en el desmantelamiento del patriarcado en el siglo xx, no muestra una postura especialmente marxista hacia la familia [...]. Therborn habla con la voz humana de un reformismo sueco sensato, que admira comprensiblemente, sin haber coincidido nunca con él»; ed. cast.: *Spectrum*, Madrid, 2008.

que «daba la espalda al pasado –lo viejo, lo tradicional, lo obsoleto– y miraba al futuro como un horizonte alcanzable y novedoso»¹⁸. Durante décadas, esta orientación temporal había sostenido a los agitadores socialistas en medio de condiciones intolerables y reunido a innumerables miembros a su causa. El marxismo había demostrado «no tener rival» como «interpretación, crítica, análisis y, ocasionalmente, gobierno de la modernidad»¹⁹. Sin embargo, en 2000 Therborn se mostraba escéptico no solo sobre si las condiciones políticas eran favorables a esta perspectiva emancipadora, sino también sobre si sus bases fundamentales seguían existiendo todavía.

Desde sus inicios, escribía Therborn ahora, el marxismo estuvo enraizado en dos grandes procesos dialécticos: la oposición entre fuerzas y relaciones de producción y la confrontación entre capital y trabajo, o metrópoli y colonia. Estos fueron los ingredientes activos de la historia del siglo xx, que dieron forma a sus principales acontecimientos e inspiraron a sus principales agentes. En esta estructura dicotómica, el lado dominante tenía una tendencia ineludible a generar su antítesis. Inherente al aparato de explotación había un elemento desestabilizador (el proletariado industrial, el sujeto colonial) capaz de provocar su colapso. Las realidades alternativas eran imaginables gracias a este agente antisistémico. El socialismo era previsible, porque sus progenitores ya existían aquí y ahora. El futuro estaba latente en el presente²⁰.

Sin embargo, a partir de la década de 1980 surgió una nueva lógica política a medida que «el movimiento obrero se debilitaba y las alternativas sistémicas embrionarias se desmoronaban o quedaban completamente marginadas»²¹. Therborn comenzó a trazar los contornos de esta era en «Into the 21st Century», contrastando las estructuras del Estado moderno que se habían perdido en la historia con las que habían capeado su violento curso. Observó que el modelo «económicamente introvertido y mercantilmente apocado» había sido un completo fracaso en sus

¹⁸ Göran Therborn, «After Dialectics», *NLR* 43, enero-febrero de 2007, p. 72; ed. cast.: «Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista», *NLR* 43, marzo-abril de 2007, pp. 67-68.

¹⁹ Göran Therborn, «The Dialectics of Modernity», *NLR* 1/215, enero-febrero de 1996, p. 80.

²⁰ Véase G. Therborn, «Class in the 21st Century», cit., pp. 11-12; «After Dialectics», cit., p. 65; ed. cast.: «Las clases en el siglo XXI», cit., pp. 17-19; «Después de la dialéctica», cit., pp. 60-61.

²¹ G. Therborn, «After Dialectics», cit., p. 65; ed. cast.: «Después de la dialéctica», cit., pp. 60-61.

múltiples encarnaciones: las naciones comunistas habían sido desguazadas, el socialismo poscolonial africano había fracasado, la sustitución de importaciones había encallado en América Latina y las autocracias tradicionalistas europeas habían dado un giro absoluto. La explicación general ofrecida era el auge del comercio intraindustrial verificado después de la Segunda Guerra Mundial, que al poner en marcha avances tecnológicos que eludían a los Estados aislados del mercado mundial, habían dificultado su capacidad de implementar programas nacionales coherentes, lo cual provocó su declive relativo. Los modelos orientados hacia el exterior tanto organizados en torno a las políticas de bienestar como al desarrollismo, por otra parte, se habían beneficiado de ese progreso desbocado. Años de globalización no habían logrado descomponer estas formaciones sociales. Los países más ricos habían visto cómo sus sectores públicos se expandían continuamente al hilo de los recursos invertidos en los mismos, mientras que las economías periféricas orientadas a la exportación habían ideado métodos eficaces para controlar y dirigir al capital. Las corporaciones habían crecido, pero no tanto como los Estados, que eran más capaces que nunca de emprender proyectos transformadores a gran escala, siempre que pudieran seguir siendo internacionalmente competitivos²².

El problema no era, pues, el potencial de la humanidad para determinar su destino; «la humanidad se encuentra hoy en la cima histórica de sus posibilidades en lo referido a su capacidad y recursos para dar forma al mundo y a sí misma»²³. Lo que había sucedido en realidad era que el declive de la «modernidad dialéctica» había confundido al movimiento socialista y eclipsado su visión totalizadora de la sociedad. Para Therborn, los éxitos de la izquierda durante el siglo pasado habían sido considerables: desacreditar el racismo y el colonialismo, establecer el acuerdo social de posguerra, rechazar la reacción cultural y la opresión de género. Sus pérdidas, sin embargo, fueron incalculables: desalineación entre los manifestantes del 1968 y los sindicatos, eclipse de los conflictos distributivos durante las décadas de 1970 y 1980, fracturas geopolíticas entre los regímenes comunistas y la final evaporación de estos. Gracias a estas derrotas en serie, argumentaba Therborn, se había invertido la tendencia secular hacia la socialización de las fuerzas productivas, anulando su

²² G. Therborn, «Into the 21st Century», cit., pp. 93-95; ed. cast.: «Adentrándonos en el siglo XXI», cit., pp. 74-77.

²³ G. Therborn, «An Age of Progress?», cit., p. 27; ed. cast.: «¿Una era de progreso?», cit., pp. 30-31.

contradicción con las relaciones de producción. Los sectores económicos clave del mundo desarrollado habían sido privatizados, fragmentados y externalizados, sus trabajadores desarraigados y dispersados a lo largo de las cadenas de suministro globales. La lucha de clases había dado paso durante las últimas décadas a nuevas formas de protesta centradas en «la política de la vida, la ecología y la expresión cultural», mientras los partidos de izquierda habían alumbrado coaliciones activistas más laxas²⁴. Los dominantes y dominados han dejado de conformar una unidad dividida en la que el incremento del poder por parte de unos se topa con la resistencia desplegada por los otros. «El capitalismo industrial ha mutado en una forma de capitalismo digital-financiero, que no produce ni desarrolla a sus propios adversarios»²⁵.

Todo ello marcó la transición a una era posdialéctica en la que la clase obrera ya no constituía uno de los polos de un antagonismo social binario. El socialismo, por extensión, perdió su anterior sentido como el triunfo inmanente de este polo sobre su opuesto. Esto, subrayó Therborn, no era exactamente la «derrota histórica» registrada por Anderson en «Renovaciones» (2000) en virtud de la cual «el capital había rechazado todas las amenazas a su dominio»²⁶. Podría describirse mejor como una situación de «estancamiento y agotamiento» en la cual «una era industrial de revolución y reforma» había llegado a su fin²⁷. ¿Cuáles eran las implicaciones de ello? Intelectualmente, era incierto si el marxismo podría mantener su relevancia. Desde finales del siglo XIX, escribió Therborn en «After Dialectics» (2007), este sistema de pensamiento se había triangulado entre las ciencias sociales, la filosofía y la política, centrándose de diversas maneras en el proceso de desarrollo capitalista, en su dinámica de alienación y fetichización y en la estructura de poder que lo protege. El último elemento era el determinante. Únicamente una corriente política dotada de ambiciones revolucionarias podría aglutinar los demás discursos en una perspectiva mundial. En su ausencia, el marxismo se había retirado fundamentalmente a los pasillos de la academia. No se descartaba el resurgimiento de la izquierda en el nuevo

²⁴ G. Therborn, «Into the 21st Century», cit., pp. 101-105, 108; ed. cast.: «Adentrándonos en el siglo XXI», cit., pp. 82-87, 89-90.

²⁵ G. Göran Therborn, «The World and the Left», cit., p. 37; ed. cast.: «El mundo y la izquierda», cit., pp. 41-42.

²⁶ Perry Anderson, «Renewals», *NLR* 1, enero-febrero de 2000, p. 16; ed. cast.: «Renovaciones», *NLR* 2, mayo-junio de 2000, pp. 13-14.

²⁷ G. Therborn, «The World and the Left», cit., p. 34; ed. cast.: «El mundo y la izquierda», cit., pp. 37-38.

milenio, pero su contenido sería probablemente novedoso, quizá irrecogible: «El subdesarrollo de la teoría política marxista, junto con la reestructuración social de las sociedades capitalistas, hacen improbable que una política socialista ascendente sea muy marxista [...]. Marx será redescubierto muchas veces en el futuro; se harán nuevas interpretaciones de su obra y se encontrarán nuevos puntos de vista sobre la misma, pero conducentes a la identificación modesta con ese *-ismo*»²⁸.

Sin esta teoría social dotada de visión de futuro y políticamente orientada, gran parte de la izquierda había sucumbido al inmovilismo posmoderno, mientras que la derecha había consolidado su propia visión moderna del mundo. El neoliberalismo prometía la liberación de los regímenes retrógrados, el crecimiento ilimitado y la innovación perpetua. En el marco del proyecto para un *New American Century*, el sueño de la revolución socialista había sido suplantado por la doctrina del «cambio de régimen» capitalista²⁹. Todavía podríamos imaginar futuros alternativos, pero estos mirarían cada vez más al mercado. En su artículo «Class in the 21st Century» (2012), Therborn señalaba cómo las energías utópicas drenadas del proletariado industrial se habían reinvertido en la fantasía de la clase media del «consumo sin límites»: «tomar posesión de la tierra», liberalizar cada rincón de la misma, deleitarse con sus créditos y materias primas baratas. Ello otorgaba a las clases medias globales una subjetividad política ambigua. Excluía a quienes no tuvieran los bienes o los ingresos necesarios, demonizándolos como «deplorables» y, en algunos casos, excluyéndolos de la participación democrática. Pero ello también provocó conflagraciones como la Primavera Árabe o las revueltas argentinas en las que los estratos intermedios se alinearon con las masas en defensa de sus perspectivas económicas o de sus libertades personales³⁰.

Esto ha tentado a las clases plebeyas a aceptar a la «burguesía floreciente» como su vanguardia política, con la esperanza de que, cuando el neoliberalismo no cumpla sus promesas, los profesionales golpeados por una movilidad descendente se alzarían contra la oligarquía³¹. Pero incluso la

²⁸ G. Therborn, «After Dialectics», pp. 69-70, 77; ed. cast.: «Después de la dialéctica», cit., pp. 64-66, 71-72.

²⁹ *Ibid.*, p. 77; *ibid.*, pp. 71-72.

³⁰ G. Therborn, «Class in the 21st Century», cit., pp. 17-18; ed. cast.: «Las clases en el siglo XXI», cit., pp. 25-26.

³¹ Therborn exploró este tema con mayor profundidad en «Sueños y pesadillas de las clases medias del mundo», cit.

versión más optimista de este escenario no ofrecía alivio alguno del realismo capitalista. Lo más probable era que una u otra alianza populista basada en la política del consumo en vez de la producción se dividiera en el momento en que tomara el poder con las fracciones más pobres desterradas a sus márgenes. La otra opción era que los propios pobres se convirtieran en protagonistas. En «New Masses?» (2014), Therborn examinó tres grupos que podrían hacerlo: los pueblos indígenas precapitalistas; las poblaciones excedentes extracapitalistas (campesinos, migrantes, trabajadores ocasionales, habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas); y los trabajadores del sector industrial en los centros emergentes de acumulación, esto es, China, Bangladesh e Indonesia. Ninguno de estos sectores era lo suficientemente poderoso por sí solo como para plantear un desafío sistémico. El primero era relativamente pequeño y estaba aislado, el segundo rara vez se activaba sin un «acontecimiento desencadenante», mientras que el tercero estaba apaciguado por el capitalismo de consumo y debilitado por la abundancia de mano de obra.

Un movimiento de oposición serio necesitaría, pues, integrar a los asalariados como socio subalterno, cuya incorporación se produjera a su vez en virtud de la articulación de una ideología hegemónica que pudiera ocupar el lugar del marxismo. En pos de esta visión, Therborn examinó los principales «temas críticos» de la cultura contemporánea. Durante la década de 2000, el impulso hacia la mercantilización total y sus efectos corruptores habían generado campañas de interés público dirigidas contra los chantajistas corporativos y sus vehículos políticos. La crisis climática había propiciado el nacimiento de movimientos ambientalistas y conservacionistas, dando lugar a una «conciencia planetaria», mientras que la arrogancia imperial había provocado formas reactivas de solidaridad en el Sur global, manifestadas en instituciones como el Foro Social Mundial³². No se trataba de negaciones dialécticas del orden vigente, sino de tendencias disruptivas presentes en su seno. Su sentido de futuro, cuando existía, era abstracto y a menudo acomodaticio. No estaba claro, si estas expresiones de descontento podrían convertirse en una alternativa social.

Nuevas izquierdas

La evaluación de Therborn del nuevo siglo arrojó, pues, varias conclusiones sorprendentes: que las formas Estado descendientes de la era

³² G. Therborn, «New Masses?», cit., pp. 8-9, 12-15; ed. cast.: «¿Nuevas masas críticas?», cit., pp. 8-10, 12-16.

precedente sentaban las bases del progreso humano continuo; que arrebatará las a la oligarquía implicaría una contienda entre las clases medias y trabajadoras a la hora de hegemonizar la política antineoliberal; y que «lo más probable es que la izquierda del siglo XXI esté descentrada», puesto que «Europa ya no puede ofrecer una perspectiva global para la emancipación» y ninguna otra parte del sistema-mundo estaba preparada para ocupar su lugar³³. Sin embargo, sin la brújula del marxismo las estrategias y predicciones concretas como la que efectuó Therborn durante las décadas de 1970 y 1980 estaban fuera de su alcance. «En la situación actual –escribió– una cierta *humildad desafiante* parece ser la postura intelectual más adecuada. Desafío ante las fuerzas del capital y del imperio, por poderosas que sean. Humildad ante el mundo nuevo que se avecina y ante el aprendizaje y el desaprendizaje que exigirá»³⁴. En la práctica, esto significaba examinar pacientemente las pruebas empíricas: seguir la lenta mutación de esas fuerzas y los momentos de resistencia que encuentran para calibrar sus pautas primarias de comportamiento en la era posindustrial.

Este planteamiento se demostró de forma más exhaustiva en «The World and the Left», un estudio que abarcaba la situación de todos los continentes y en el que Therborn describió la miríada de «nuevas izquierdas», que han aparecido durante los últimos veinte años y las constricciones que pesan sobre ellas. Estas oposiciones, que ya no se basan en la fuerza propulsora de la dialéctica estructural, y que a menudo se hallaban desheredadas de sus progenitores políticos, eran animadas por un impulso afectivo radicado en el presente: una *indignación* sin paliativos ante la crueldad del capitalismo tardío. «Ignorando la vieja y sombría era de sus madres y padres, la nueva izquierda del cambio de milenio llevó la política radical a un nuevo nivel». No había revivido nada que se pareciera a la izquierda moderna; sin embargo, su éxito en la preservación de la política socialista, más allá de las condiciones históricas que la engendraron, fue sorprendente. Para Therborn, la transformación social solo era concebible gracias al «dinamismo creativo» de estos agitadores y organizadores, «que contrastaba con la fatiga y el abatimiento mostrado por la izquierda durante los primeros años de la era neoliberal». Tales movimientos, «saliendo de las sombras de los grandes moldeadores del

³³ G. Therborn, «Class in the 21st Century», cit., pp. 28-29; ed. cast.: «Las clases en el siglo XXI», cit., pp. 36-38.

³⁴ G. Therborn, «After Dialectics», cit., p. 114; ed. cast.: «Después de la dialéctica», cit., p. 106.

siglo XX [habían] actualizado y revitalizado el conjunto de la tradición radical», lo cual por sí solo proporcionaba «motivos racionales para un prudente optimismo»³⁵.

Los actores que realizaron esta trascendental tarea fueron variados. El pistoletazo de salida lo dio el movimiento antiglobalización, que contrapuso un internacionalismo solidario a otro basado en la externalización y la especulación. A su ejemplo de izquierda intransigente, tan despreocupada de las fronteras nacionales como de sus adversarios, le siguió el activismo climático militante, que cobró impulso a mediados de la década de 2000 y desencadenó «el movimiento social de más rápido crecimiento de la historia», los Fridays for Future, a finales de la década de 2010. Paralelamente, las rebeliones urbanas –el 15M, Occupy Wall Street, Gezi Park– burlaron las barreras de la conciencia de clase al enfrentar a un «pueblo» indiferenciado con una «elite» parasitaria. Prefiguaron la socialdemocracia combativa encarnada por Corbyn, Sanders, Iglesias y Mélenchon, que combinaba las propuestas concretas del reformismo del siglo XX con una estrategia rupturista para arrebatar el poder estatal a las elites³⁶. En África, las «revueltas del FMI» contra el ajuste estructural y las protestas en curso contra el coste de la vida y la corrupción habían renovado parcialmente el espíritu contestatario del anticolonialismo. Y en América Latina, las revoluciones bolivarianas consiguieron frenar la desigualdad y mejorar las prestaciones sociales, al tiempo que instauraban nuevos modelos de democracia participativa y producción cooperativa: un logro considerable, dado el dominio de la potencia hegemónica mundial. Morales y Correa, en particular, combinaron las tradiciones comunitarias indígenas con audaces políticas redistributivas, y su insistencia en la conservación y el *buen vivir* ofreció un antídoto contra la «miopía moderna» de la vieja izquierda³⁷.

El izquierdismo del siglo XXI se ha distinguido además por la novedad de sus tácticas e instrumentos. En lugar del partido de masas, la red social; junto a las elecciones y la acción sindical, las campañas de desinversión y la recuperación del espacio público. La «democracia» se había

³⁵ G. Therborn, «The World and the Left», cit., pp. 38-39, 72; ed. cast.: «El mundo y la izquierda», cit., pp. 41-44, 81.

³⁶ Therborn observa que las dos primeras décadas del nuevo siglo también establecieron un récord histórico, posterior a 1900, de levantamientos sociales «maximalistas», que han exigido la destitución de los gobiernos en el poder.

³⁷ G. Therborn, «The World and the Left», cit., pp. 39-52; ed. cast.: «El mundo y la izquierda», cit., pp. 43-58.

convertido en parte integral de su discurso: ya no era un medio para alcanzar el fin del socialismo, sino un sinónimo de este y un *telos* en sí misma. Therborn admitió que ninguno de estos movimientos podía presumir de un historial perfecto. El movimiento antiglobalización no logró convertir en programa sus demandas; el ecologismo fue asimilado en gran medida por el centro liberal; el populismo de la izquierda transatlántica fue rechazado en las urnas; las insurgencias africanas fueron efímeras y fácilmente reprimidas; mientras que las revoluciones bolivarianas lucharon por reconciliar el comunitarismo con el desarrollismo, dividiendo su base social y exponiéndola a las contraofensivas de la derecha. En todos y cada uno de estos casos, «la gran laguna de la izquierda ha sido la ausencia de una concepción del poder transformador o de una estrategia para hacerse con él». Los estallidos de ira popular pueden haber señalado la posibilidad duradera de un sujeto revolucionario convocando «coaliciones de trabajadores, campesinos, estudiantes, profesionales, organizaciones indígenas, el precariado y los jóvenes desempleados» en diversas configuraciones, pero aun cuando este bloque fue lo bastante poderoso como para derribar gobiernos, tropezó al intentar administrar el suyo propio³⁸.

Mientras la izquierda se afanaba por inventar «un futuro imaginario inspirador», una dirección clara para su larga marcha, al menos podía consolarse con el hecho de que el liberalismo también había abandonado su orientación moderna. El proyecto liderado por Estados Unidos de extender la «soberanía del mercado a todo el mundo», permitiendo el estrepitoso ascenso de China, había generado una contradicción entre el avance sin trabas del capital y los intereses del gigante estadounidense. Al tratar de apuntalar su fuerza, Trump y Biden habían facilitado el cambio del neoliberalismo hacia un capitalismo monopolista «empeñado en la acumulación dentro de parámetros geopolíticos definidos por el Estado». Con el advenimiento de la Nueva Guerra Fría, todo ello se había calcificado rápidamente en una doctrina de «sadoliberalismo». Aunque Estados Unidos había recurrido anteriormente a las sanciones o a las tácticas de la «conmoción y el pavor» como instrumentos precursores necesarios para introducir reformas liberalizadoras, desde entonces se había obsesionado con castigar a los Estados delincuentes «sin albergar no obstante pretensión realista alguna de lograr su cambio de comportamiento», haciéndolo simplemente por la mera «satisfacción de castigar»³⁹. Las ilusiones de la

³⁸ *Ibid.*, pp. 51, 71; *ibid.*, pp. 57, 79-80.

³⁹ *Ibid.*, pp. 73, 37, 61; *ibid.*, pp. 82, 41, 68-69.

utopía de libre mercado se habían desvanecido, ocupando su lugar un imperio debilitado, incapaz de aceptar la perspectiva de la multipolaridad, propicio a encender guerras libradas en su nombre por actores interpuestos y dispuesto a arremeter contra los competidores sin pretensión alguna de «progreso».

Esta omnipresente falta de visión deja a la humanidad en una posición precaria a la hora de enfrentarse a los procesos que están empezando a dar forma tanto a la historia contemporánea privada como lo está de la mencionada gran dialéctica. Therborn concluye su estudio identificando tres procesos primordiales: el expolio climático, ya que las naciones ricas siguen superando los récords de emisiones; el conflicto existente entre las grandes potencias, siendo Estados Unidos el principal agente de la escalada; y la monstruosa desigualdad existente, agravada por la desregulación y la austeridad. Estos legados del siglo pasado es probable que creen un paisaje político asolado por crisis y desastres recurrentes. El autor, desafiante y humilde, no ofrece soluciones prácticas, pero sí intenta definir las prioridades conceptuales de la izquierda en cada una de estas áreas. La amenaza ecológica, exhorta, debería suscitar un compromiso serio con las capacidades y recursos de las finanzas verdes, con el acuerdo climático que podrían establecer y con las condiciones para organizarse respecto a estas variables. El antagonismo geopolítico debería dar lugar a una perspectiva «verdaderamente global y planetaria» en la que se reconozcan los horrores de la dominación estadounidense junto con las virtudes de una alternativa pluralista. Y el alto grado de combustión de las relaciones de clase tampoco debe subestimarse en un momento en el que las poblaciones subalternas nunca han estado tan conectadas con el mundo exterior y entre sí⁴⁰.

El presente triádico

La magnitud del logro intelectual de Therborn al sintetizar estas tendencias contemporáneas y situarlas dentro de una narrativa original y de alcance global es notable. Y sus prescripciones políticas son útiles en la medida en que acotan preliminarmente las respectivas problemáticas. Pero el primer paso para evaluar esta síntesis global es considerar su afirmación fundamental de que la dialéctica marxista ha sido superada. «The World and the Left» describe la dialéctica como «un proceso endógeno» marcado por la contradicción constitutiva, «derivada de la lógica de desarrollo del sistema

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 56-57, 59, 62; *ibid.*, pp. 62-64, 65-67.

social», siendo el principal ejemplo de la misma la existente entre el capital y el trabajo, cuya colisión parece exigir una nueva síntesis histórica⁴¹. Sin embargo, puede encontrarse una caracterización diferente en *Science, Class and Society*, donde Therborn escribe:

La oposición y la lucha de clases [...] no apuntan en sí mismas a la necesidad de una solución, a una transformación del sistema de clases o a su abolición. En realidad, *El capital* no habla de contradicciones entre clases, sino de contradicciones en el seno de la estructura y los procesos del modo de producción capitalista, que se desarrollan en el curso de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado y que determinan el modo de existencia de su antagonismo y las relaciones de fuerza entre ambos⁴².

Para el joven Therborn, la única «contradicción sistémica» genuina se refería al modo de producción: sus fuerzas y sus relaciones. Esta era la oposición dialéctica determinante, el motor de la historia y del futuro. Podía intensificar o atenuar un ámbito altamente contingente de lucha de clases, pero la lucha de clases, en sí misma, no «apuntaba a la necesidad de una solución», ni su dinámica era inherentemente contradictoria, dado el potencial de coyunturas materiales o ideológicas particulares susceptibles de impedir desafíos de masas al capital. Como resultado de ello, la contracción y la fragmentación del proletariado del siglo xx tendría, de acuerdo con los criterios previos de Therborn, poca relación con la cuestión de la dialéctica como tal, ya que esta derivaría de procesos ulteriores más fundamentales ínsitos en la estructura de acumulación. La detención de la «marcha hacia adelante» del movimiento obrero puede haber neutralizado el conflicto entre las fuerzas socializadas y las relaciones capitalistas, pero esto apenas impide la existencia de nuevas contradicciones primarias.

De acuerdo con estas premisas, podríamos volver a examinar la tríada de la política contemporánea postulada por Therborn: ecología, geopolítica, desigualdad. ¿Podemos afirmar que alguna de ellas tiene una estructura dialéctica? Vale la pena recordar, en primer lugar, que el término «fuerzas productivas» se aplica no solo a una etapa determinada de desarrollo tecnológico, sino también a la organización técnica de la producción, esto es, a la especificidad de su coordinación en la plantación de esclavos, en el sistema de fábrica, en la economía digital, etcétera. En consecuencia, es difícil evitar la conclusión de que el auge del capital fósil y la

⁴¹ *Ibid.*, p. 37; *ibid.*, p. 41.

⁴² G. Therborn, *Science, Class and Society*, cit., p. 396.

correspondiente reacción del colapso climático constituyen una dialéctica en el sentido más estricto del término. El imperativo capitalista del crecimiento autosostenible solo pudo cumplirse a partir del segundo cuarto del siglo XIX mediante el paso a la energía proveniente del carbón como base energética de la producción, ya que era más susceptible de ser apropiada privadamente que el aire o el agua. Posteriormente, el combustible fósil se convirtió en lo que Andreas Malm llama «un sustrato material necesario para la producción de plusvalor», creando un nuevo paradigma en el que «la explotación del trabajo por el capital se ve impulsada por el consumo de este accesorio concreto»⁴³. La transición al petróleo preservó esta función, permitiendo saltos cualitativos en la productividad y procesos de producción más baratos, que sostuvieron el ciclo expansivo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Ahora, la producción de mercancías intensivas en carbono se ha transferido mayoritariamente a Oriente, siendo financiada por Occidente, cuyos tardíos intentos de «deslocalización verde» han tenido un impacto mínimo y se han visto compensados por el aumento del gasto militar, que es ruinoso por definición para el medio ambiente⁴⁴. Los fenómenos meteorológicos extremos demuestran que este régimen fósil ya se enfrenta a la venganza de su antítesis estructural: un mundo natural que, a medida que se descompone, amenaza las condiciones de acumulación al provocar la imposibilidad de utilización de determinados activos, el agotamiento de la demanda, la ruptura de las cadenas de suministro globales y la destrucción de infraestructuras vitales. La transgresión de los límites planetarios provoca su reafirmación. La «lógica de desarrollo» del sistema se subvierte a sí misma⁴⁵.

Aunque Therborn las trata por separado, esta dialéctica de la crisis climática está ligada a la dinámica de la geopolítica. Ambas son inextricables y coconstitutivas. La inversión pública estadounidense en el campo de la

⁴³ Andreas Malm, *Fossil Capital: The Rise of Steam-Power and the Roots of Global Warming*, Londres y Nueva York, 2016, pp. 297-298, 288, 290; ed. cast.: *Capital fósil*, Madrid, 2020.

⁴⁴ Véase Ed McNally, «¿Imperio verde?», *NLR-Sidecar/El Salto*, 2/8 de febrero de 2023.

⁴⁵ Sobre la lógica ecocida de las fuerzas productivas, véase también Kōhei Saitō, *Marx in the Anthropocene: Towards the Idea of Degrowth Communism*, Cambridge, 2023, pp. 147-148; Nancy Fraser, *Cannibal Capitalism: How Our System Is Devouring Democracy, Care, and the Planet—and What We Can Do about It*, Londres y Nueva York, 2022, pp. 83-85 [ed. cast.: *Capitalismo canibal*, Madrid, 2023]. Por supuesto, esta tendencia a la autosubversión no implica que el capitalismo sea incapaz de adaptarse a la erosión de su actual base ecológica, como explican Alyssa Battistoni y Geoff Mann, «La política económica de Biden respecto al clima», *NLR 143*, noviembre-diciembre de 2023.

innovación petroquímica efectuada durante la Segunda Guerra Mundial fue en parte la que permitió a Estados Unidos controlar el sistema interestatal tras su conclusión. Adam Hanieh escribe sobre la «relación de fortalecimiento recíproco existente entre el auge de la hegemonía estadounidense, el cambio al régimen energético mundial centrado en el petróleo y la revolución en la producción de mercancías inaugurada por los productos petroquímicos»⁴⁶. El estatus de Estados Unidos como fuente de liquidez mundial –su papel como centro organizador de la producción mundial y los privilegios de emisión de la moneda global dominante que ello conlleva– estaba arraigado en la existencia de la materia prima petrolera, que alimentaba el proceso de producción. Cuando esta hegemonía se vio amenazada por la creciente competencia industrial proveniente de Alemania y Japón, que junto con el aumento de la militancia obrera y el desorden monetario mundial comenzó a ejercer una presión a la baja sobre los beneficios del sector industrial estadounidense en la década de 1970, la respuesta política de Estados Unidos representó otro punto de inflexión en la historia del capital fósil, que fortaleció tanto la matriz imperial como sus cimientos energéticos. Al subir los tipos de interés, aumentar el valor del dólar e incentivar la especulación, Estados Unidos bajo el gobierno de Reagan orquestó algo parecido a una «conmoción» industrial, que eliminó a los actores más débiles y a cuyo tenor las empresas se vieron obligadas a redirigir la inversión en capital fijo a los canales financieros. Este cambio fue fundamental para ganar la Guerra Fría, ya que la autorreinención de Estados Unidos como principal nación deudora le dio acceso a grandes flujos de capital, que le permitieron superar a la URSS en la carrera armamentística⁴⁷. Al mismo tiempo, sin embargo, precipitó la transformación de China en «la chimenea del mundo», dada la afluencia de capital en busca de inversión a su creciente economía de exportación. Para garantizar el suministro de energía a estas industrias y satisfacer la demanda occidental de su producción, la RPCh desreguló su mercado nacional del carbón al tiempo que aumentaba las importaciones de combustibles fósiles durante la década de 1990⁴⁸. Las emisiones mundiales se dispararon de 25 a 33 millardos de toneladas métricas anuales de CO₂ durante

⁴⁶ Adam Hanieh, «Petrochemical Empire», *NLR* 130, julio-agosto de 2021, p. 38; ed. cast.: «Imperio petroquímico», *NLR* 130, septiembre-octubre, de 2021, p. 43.

⁴⁷ Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing: Lineaments of the Twenty-First Century*, Londres y Nueva York, 2009, pp. 145-147, 161-164; ed. cast.: *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, 2007.

⁴⁸ A. Malm, *Fossil Capital*, cit., pp. 343-344.

la primera década del nuevo siglo. Para 2020 la cuota anual de China en las emisiones mundiales había aumentado hasta el 31 por 100⁴⁹.

La crisis climática está, por lo tanto, enredada con otro proceso igualmente dialéctico: el conflicto entre las grandes potencias. En el siglo XX el desarrollo de las fuerzas productivas basado en el petróleo afianzó unas relaciones productivas asimétricas en las que Estados Unidos reinaba de forma suprema. Sin embargo, esto condujo a los problemas de exceso de capacidad industrial y de caída de las tasas de beneficio descritos por Robert Brenner, lo cual propició un cambio radical en la estrategia imperial, que pasó de fomentar la fabricación nacional a deslocalizarla en el extranjero. Esa operación de externalización creó las condiciones para el surgimiento de una nueva superpotencia del carbón en Oriente. El crecimiento a gran velocidad de China le permitió emerger como un actor disconforme en el sistema internacional, que expandió su influencia mediante el establecimiento de lazos comerciales con el Tercer Mundo al hilo de su inversión en sectores estratégicos y la concesión de una prioridad cada vez mayor a su mercado interior. Estados Unidos, que sigue sufriendo un estancamiento persistente y una capacidad estatal mermada, ha llegado a considerar esta situación como un atentado contra su autoridad soberana y ha respondido con un agresivo programa de contención económica y cerco militar. El jefe del Air Mobility Command de Estados Unidos predice ahora que los dos países estarán en guerra en 2025⁵⁰. ¿Cómo describir esta trayectoria histórica, si no es como una dialéctica endógena en la que las fuerzas de producción basadas en los combustibles fósiles entran en contradicción con las relaciones de dominación estadounidense?

La desigualdad –la tercera categoría de Therborn– podría no tener la misma estructura dialéctica, ya que no constituye una inevitabilidad histórica que las poblaciones oprimidas se levanten contra quienes las dominan. Pero teniendo en cuenta los efectos del colapso medioambiental y la tensión geopolítica, existen todas las razones para creer que las disparidades de riqueza podrían producir formas de antagonismo de clase tan agudas y binarias como las del siglo pasado. Las medidas inadecuadas de adaptación al cambio climático someterán cada vez a

⁴⁹ Hannah Ritchie y Max Roser, «China: CO₂ Country Profile», *Our World in Data* website, 2020.

⁵⁰ Véase Edward Luce, «China is right about us containment», *Financial Times*, 8 de marzo de 2023; Dan Lamothe, «Air Force maverick who warned of war with China sticks to his guns», *The Washington Post*, 29 de julio de 2023.

más personas a la vulnerabilidad derivada del deterioro de los ecosistemas, difuminando las diferencias de clase entre los estratos sociales inferiores. Los intentos de minimizar las consecuencias de la misma mediante políticas de bienestar se verán comprometidos por los presupuestos de armamento hipertrofiados y las bajas tasas de crecimiento. Las elites y sus actores estatales interpuestos recurrirán a una mayor «redistribución políticamente diseñada hacia quien ya dispone de mayor renta y riqueza» para mantener su posición en medio de la inestabilidad resultante⁵¹. En este contexto, podríamos enfrentarnos a lo que Gopal Balakrishnan denomina la lucha de clases «pikettyana», esto es, «la forma simplificada, más abstracta y clásica de lucha de ricos contra pobres»⁵². En este caso, la principal división social será *fiscal*. Cuando Therborn escribe, de forma algo oscura, que la clase en el siglo XXI no es una «categoría estructural», sino una «brújula de orientación»⁵³, quizá se refiera a esto: no una posición fija en el sistema de producción, sino una ubicación a un lado u otro de la división entre los que tienen los recursos para aislarse de la crisis y los que no los tienen. *Mutatis mutandis*, la polarización de la sociedad en estos bloques de supervivencia resolvería la incertidumbre de Therborn en cuanto a si la clase media consumista o la clase obrera atomizada liderará el movimiento de liberación, ya que la línea existente entre las dos podría borrarse políticamente, si no materialmente.

Ascenso de la derecha

Si, sobre estos fundamentos, podemos plantear la existencia de nuevas corrientes dialécticas dotadas de potencial suficiente como para encender la lucha de clases, entonces el marxismo puede no estar tan obsoleto como Therborn supone. Sin embargo, hay razones determinantes por las que parece haber perdido gran parte de su relevancia política contemplada esta desde el momento álgido del movimiento obrero, las cuales se hallan relacionadas con la transformación de la dialéctica histórica ligada a la desindustrialización del Norte global. Antes de que este proceso se afanzara, la socialización de la producción significaba que el marxismo y los movimientos que surgieron de él podían arraigarse en una tendencia inherente al proceso de desarrollo capitalista. Sus

⁵¹ Robert Brenner, «Escalating Plunder», *NLR* 123, mayo-junio de 2020, p. 22; ed. cast.: «Saqueo pantagruélico», *NLR* 123, junio-julio de 2020, pp. 26-27.

⁵² Gopal Balakrishnan, «Swan Song of the Ultra-Left», *Sublation*, 30 de mayo de 2022.

⁵³ G. Therborn, «Class in the 21st-Century», cit., p. 26; ed. cast.: «Las clases en el siglo XXI», cit., pp. 33-35.

objetivos consistían en desvincular esta tendencia de las relaciones de propiedad privada, en liberar el progreso permitiendo que una parte de la dialéctica se impusiera a la otra. Esto permitió la adopción intuitiva de una predisposición futurista. Sin embargo, esa perspectiva ha sido destrozada desde entonces por el «interludio neoliberal» y sustituida por la gran dialéctica del clima y la geopolítica: dos tendencias estructurales carentes de todo carácter progresista. Aquí, las fuerzas «opositoras» (dotadas del potencial de desestabilizar las actuales relaciones de producción) son, respectivamente, el envenenamiento de la biosfera y el ascenso de China. La izquierda no puede aliarse con ninguna de ellas. Así pues, su sentido de futuro no puede provenir de hacer fructificar una tendencia existente dentro del sistema, ya que, en lugar de prefigurar la emancipación, estos polos binarios se limitan a enfrentar entre sí diferentes fuerzas destructivas. Es posible que acaben profundizando las divisiones de clase en las próximas décadas, pero en esta nueva realidad ninguna clase puede ocupar el antiguo papel del proletariado como portador o encarnación de la negación dialéctica.

Esta situación marca la transición de una dialéctica esperanzadora a otra más oscura. Hasta ahora los socialistas han tenido dificultades para responder a estos cambios, mientras que la derecha nacionalista se ha movilizado, convirtiéndose en la principal beneficiaria del descontento popular con el neoliberalismo persistente en Europa y Norteamérica. Therborn no trata en profundidad este fenómeno. Lo atribuye a la «periferización de los centros neurálgicos de la clase obrera, a su abandono tanto por la izquierda como por el centro y a la llegada de «hábiles empresarios políticos», que han exacerbado los resentimientos contra la inmigración⁵⁴. Pero esta exposición, más descriptiva que explicativa, no logra comprender la lógica subyacente del ascenso de la derecha. Un análisis más exhaustivo podría partir, en cambio, de la sugerencia efectuada por Therborn de que el liberalismo ha perdido su perspectiva moderna. El liberalismo ya no invierte en la fantasía del crecimiento sin fin, incapaz de lograr el progreso social en casa o en el extranjero, sino que se limita a supervisar los conflictos distributivos en condiciones de estancamiento. Ha sustituido la tecnocracia (soluciones políticas que prometen una mejora perpetua) por el gerencialismo (aliviar las tensiones sociales en ausencia de tales soluciones), lo cual es un síntoma de la condición ideológica más amplia conocida como «presentismo», esto es,

⁵⁴ G. Therborn, «The World and the Left», cit., p. 56; ed. cast.: «El mundo y la izquierda», cit., pp. 62-63.

el confinamiento en el horizonte de lo inmediato⁵⁵. La izquierda también sufre de esta aflicción, ya que su rechazo del capitalismo se basa en una repulsión afectiva más que en una visión alternativa. La dialéctica del siglo XXI la ha privado de un futurismo espontáneo, lo cual significa que solo la derecha puede reclamar el monopolio de la oposición al presente, lo cual hace replegándose en el pasado.

Este movimiento regresivo se presenta como una respuesta defensiva a la inseguridad y la precariedad: una posición que resuena instintivamente entre los trabajadores, que buscan refugio frente a la embestida del capital. Una época de crisis creciente puede aumentar aún más su atractivo. Sin embargo, es importante señalar que el nacionalismo extremo no actúa planteando una amenaza real a la ideología liberal dominante, sino que se apropia de sus elementos y los reutiliza. La Tercera Vía era, entre otras cosas, un medio de imponer la disciplina del mercado a las comunidades racializadas, cuyos miembros eran sometidos a formas punitivas de vigilancia, control, encarcelamiento y deportación. Bajo este régimen, el intervencionismo en el exterior se complementaba con medidas autoritarias en el interior, mientras el chovinismo nacional se movilizaba para vender el propio país a los inversores. A medida que los partidos centristas han ido cayendo en desgracia, los «nuevos derechistas», de Trump a Farage, pasando por Meloni, se han apoyado en estas tendencias al tiempo que se presentaban a sí mismos como una alternativa. Sus invocaciones performativas del pasado les permiten disentir del *statu quo*, pero también hablan del sentido común del presente: los valores de Blair o Clinton, desprovistos de su propia mojigatería o hipocresía. Esta naturaleza bifronte permite a la derecha nacional cosechar los beneficios de la ideología liberal, esto es, su persistente hegemonía en la vida pública, al tiempo que capitaliza la frustración que esta suscita. Desplaza al centro político acelerando su proyecto y tomando prestados sus tropos.

Pero si esa conformidad básica con el liberalismo otorga a la derecha su fuerza, también es una debilidad potencial. Una vez en el poder, los políticos nacionalistas revelan las continuidades con sus predecesores «globalistas»: idéntica fidelidad a los intereses empresariales, desprecio por las poblaciones afectadas por los procesos de desindustrialización, servilismo al imperio estadounidense. Las alabanzas nostálgicas a la familia nuclear y los ataques gestuales a los migrantes pueden no ser

⁵⁵ François Hartog, *Regimes of Historicity: Presentism and Experiences of Time*, Nueva York, 2015.

suficientes a largo plazo para enmascarar esta semejanza, lo que crea una oportunidad para que la izquierda ofrezca un programa genuinamente contrahegemónico en lugar de un simulacro del mismo. Sin embargo, solo podrá hacerlo si supera las limitaciones presentistas en las que se encuentra atrapada, el reformismo antifuturista célebremente defendido por T. J. Clark⁵⁶. Porque lo que Therborn llama los «legados generadores de desastres» del siglo xx no pueden ser afrontados por un socialismo cuya base principal es inmediatista y afectiva. La mera indignación, del tipo que impulsó el populismo progresista de la década de 2010, es una base endeble para la política transformadora, porque ni distingue a la izquierda de sus adversarios (que son igualmente capaces de movilizar la indignación) ni la dota de un plan de gobierno coherente. Así, los socialistas se enfrentan a la misma crisis de credibilidad que los centristas: se precipitan hacia un futuro sombrío sin la orientación temporal necesaria para cambiar de rumbo.

Contra la dialéctica

La cuestión central es, pues, si la izquierda global puede recuperar su impulso moderno. ¿Puede reconstituirse como única representante de la oposición al presente, desbancando a la derecha populista? En *Jacobin*, Alyssa Battistoni sostiene que la política radical de este siglo parte de la premisa de que las tendencias coyunturales actuales no tienen otra dirección a largo plazo que la devastación generalizada. «Cuando se nos dijo que habíamos llegado al fin de la historia, resulta que en realidad hemos llegado al fin del futuro o, al menos, del que conocíamos». Una vez reconocido esto, la asociación entre optimismo y utopía se rompe, ya que la suposición de que todo irá bien es precisamente lo que anuncia el Armagedón. Únicamente un «pesimismo clarividente», el reconocimiento resuelto de nuestra situación, nos abre al espacio repleto de esperanza situado más allá de aquella⁵⁷. Por lo tanto, una sensibilidad apocalíptica no es incompatible con una sensibilidad utópica. La primera puede incluso ser la condición previa de la segunda, ya que proporciona el impulso necesario para llevar a cabo una terraformación. Therborn describió esta perspectiva hace aproximadamente cuatro décadas en *The Ideology of Power and the Power of Ideology*, cuando escribió que «es posible movilizar el futuro contra el presente»: «En las movilizaciones sociopolíticas realmente profundas [...] el futuro ha adoptado

⁵⁶ T. J. Clark, «Para un izquierda sin futuro», *NLR* 74, mayo-junio de 2012.

⁵⁷ Alyssa Battistoni, «Back to No Future», *Jacobin*, 18 de junio de 2013.

predominantemente la forma de una amenaza inminente derivada de las tendencias actuales, lo cual ha exigido la acción preventiva en el presente. Podríamos denominar a este proceso *movilización por miedo anticipatorio*»⁵⁸. Esta es seguramente la fórmula apropiada para nuestros tiempos. La dialéctica contemporánea tal vez carezca de una tendencia estructural progresista con la que la izquierda pueda aliarse, pero tiene una tendencia hacia la calamidad que podría, por mor del puro terror suscitado, incitar la imaginación de realidades alternativas.

Al organizarse sobre estos fundamentos, la izquierda se convertiría en la némesis de la dialéctica. En los conflictos bilaterales entre la acumulación de capital y el colapso climático, entre América y China, la izquierda sería la tercera fuerza: una ruta de salida de estos diversos ciclos de catástrofe. No es una posición fácil de ocupar. Para el socialismo del siglo xx era más sencillo desempeñar su papel histórico, ya que podía confiar en ciertas tendencias inherentes a la producción capitalista. La ausencia hoy de tales tendencias significa que los socialistas están trabajando contra las fuerzas de la historia en lugar de con ellas, lo cual hace que su movimiento sea más susceptible a la escisión, la desorientación y la desesperación, porque, ¿cómo puede decidir una dirección positiva, cuando su relación con el presente es aparentemente de negación absoluta? Quizá estos males sólo puedan evitarse, si la nueva izquierda se cohesiona en torno a su *propia* historia. En lugar de «ignorar la vieja y sombría era de sus madres y padres», sus partidarios podrían sacar fuerzas de las luchas de sus predecesores. Como escribe Therborn, «es posible movilizarse sobre la base del pasado, de lo que ha existido, de experiencias, de valores, de símbolos pasados [...]. Para que esta *movilización por resurgimiento* tenga éxito debe ser posible que las experiencias y valores del pasado entren en el orden del día»⁵⁹.

Movilización por miedo anticipatorio y movilización por resurgimiento. La primera permite al socialismo situarse fuera de la estructura dialéctica existente y criticar su trayectoria. La segunda le permite apoyarse en una tradición histórica distinta, que actúa como baluarte contra el abatimiento. Juntas crean un vínculo entre pasado y futuro que trasciende el presente. Para Enzo Traverso las semillas de este temperamento ya pueden localizarse en la izquierda del siglo xxi. Aunque parezca una criatura presentista, en realidad se define por la incapacidad de olvidar

⁵⁸ G. Therborn, *The Ideology of Power and the Power of Ideology*, cit., p. 123.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 121-122.

su historia: una melancolía persistente, aunque en gran medida inconsciente, tras el colapso del comunismo, vivido como «una experiencia acabada y una pérdida insustituible». Este sentimiento de falta puede tener un efecto embotador, ya que inhibe el desarrollo de nuevos proyectos políticos, «obstruyendo la separación del ideal amado perdido, así como la transferencia libidinal hacia un nuevo objeto de amor». Pero, al mismo tiempo, la negativa a aceptar la pérdida de la utopía la mantiene viva, ya que «culminar con éxito el duelo podría significar la identificación con el enemigo: el socialismo perdido es sustituido por el capitalismo aceptado»⁶⁰. El fracaso a la hora de desarrollar nuevas relaciones impide la capitulación ante una realidad caída. La presencia de un pasado acechante y espectral ayuda a la izquierda a mantener su distancia crítica respecto al sistema actual, lo cual constituye una condición previa para reclamar el futurismo como algo propio. Si esta presencia se hiciera *consciente*, dejando de ser un origen reprimido para convertirse en una herencia orgullosa, tal vez entonces podría «entrar en el orden del día» con una mayor fuerza. Los ensayos de Therborn sobre el moldeado del mundo no llegan a teorizar esta empresa. Sin embargo, al trazar el largo arco de la organización socialista a lo largo de décadas y continentes, serán un recurso vital para llevarla a cabo.

⁶⁰ Enzo Traverso, *Left-Wing Melancholia: Marxism, History, and Memory*, Nueva York, 2017, p. 45; ed.: orig.: *Mélancolie de gauche*, París, 2016; ed. cast.: *Melancolía de izquierda*, Barcelona, 2019.